

AÑO I

MADRID 1.º JULIO DE 1898

NÚM. 1

La Revista Blanca



PUBLICACION QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

SOCIOLOGIA: LA REVISTA BLANCA, por La Redacción.—*La fe en el progreso*, por Anselmo Lorenzo.—*De la moral*, por Soledad Gustavo.—*Sociología*, por Charles Money.
CIENCIA Y ARTE: *La tisis*, por Julio Brouta.—*Ciencia y Socialismo*, por el Doctor Boudin.
Literatismo, por Miguel de Unamuno.—*Retrato de un grupo* (esbozo á pluma), por Adolfo Luna.
SECCION LIBRE: *El caciquismo*, por Alejandro Lerroux.—*El fin de un siglo*, por Palmiro de Lidia.—*Movimiento feminista*, por Aurora Vilanova.—*Chispazos*, por Federico Urales.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Los partidos ilegales*, por Aurelio Muñoz.—*De la guerra*, por Antonio López.
SECCION ADMINISTRATIVA.

ADMINISTRACIÓN

8, PONZANO, 8

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Revista Blanca = Familia Trap =
reformismo solapado = antianarquismo



MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.

LA REVISTA BLANCA

Opérase en el actual momento histórico una transformación en los espíritus, que á la corta ó á larga modificará las relaciones humanas.

Los cambios de ideas truécense en cambios de hechos, porque á evolución de pensamiento corresponde evolución de costumbres.

Los seres superiores aquí, allí y en todas partes hallan estrechos los actuales moldes sociales, dentro de los cuales pugnan por salir la Ciencia, el Arte y la Sociología.

Cuando una persona de espíritu independiente trata de manifestarse tal cual es, hállese con la tiranía moral del ambiente, cuando no con la materia de las leyes, que le ataja el paso, obligándole á cohibir sus ideas bajo amenaza de poner obstáculos á su vida.

Todo autor, sea cual fuere el ramo de la actividad humana á que se dedica, ha de ajustar su criterio al de la opinión, no siempre lo suficiente educada, si quiere vivir en paz con sus semejantes.

Falta masa verdaderamente intelectual, capaz de apreciar el producto de las inteligencias que se dedican á la exploración de mundos desconocidos, pero que han de existir y existen en la idea y en el sentimiento.

La teoría de que el gusto y las ideas del público ha de dar la pauta á los que del público viven, es una teoría malsana. Mientras la educación no sea integral, mientras los individuos dispongan de diferentes medios para instruirse, el público será arrasado por la fuerza intelectual de los mejor dispuestos para crear innovaciones y de los que mejores medios habrán tenido para ponerse al corriente de los adelantos del siglo.

Explotar al público no es guiarlo; satisfacer sus pasiones ó sancionar sus ideas, no es mejorarlas; y nosotros entendemos que se ha de enseñar con el periódico, con el libro, con el drama y con todas las obras que interesan al corazón del pueblo y á sus ideas.

Sujetarse á prejuicios, de cualquier forma que sean, por el placer innoble de ser celebrado, es poner nuestras facultades á los pies del vulgo, y ser cómplice de los males que al vulgo aquejan.

Continua corriente va del hombre á la masa. Todo es cuestión de energía intelectual. Cuanto más potente es la del hombre, más influye en las sociedades, y cuanto más débil es el individuo creador, más influyen en él los defectos que le rodean.

La superioridad de los hombres puede gráduarse por la fuerza que oponen á las costumbres de los pueblos. Este es un principio de mecánica intelectual fácil de comprobarse. La historia humana y la del individuo prueba que los hombres eminentes ganan sus posesiones á costa de su propia vida.

Es tanta, á veces, la diferencia cerebral que va del individuo al pueblo, que no hay manera de compenetrarse. En este caso se han roto los lazos sociales y orgánicos. O la evolución ha producido un sér demasiado perfecto, ó la humanidad anda retrasada por el camino de su perfección. Entonces se produce el choque entre lo pasado, representado por el pueblo, y lo futuro, representado por el individuo; choque que, generalmente, concluye con la muerte afrentosa del último.

No ha sido posible meter la idea del hombre en el cerebro de la humanidad, por-

que no estaba para ello preparada, y ésta sale del paso asesinando un producto de la evolución á destiempo venido.

Si la diferencia de las dos fuerzas es menos, si en el cerebro de la una hay algo de lo que compone la inteligencia de la otra, la resistencia del pueblo se concreta á dificultar la vida del individuo, promoviendo á veces la muerte por medio de la persecución ó del sufrimiento.

Y así, descendiendo por grados, sufriendo menos ó sufriendo más, hállase con el tipo cerebral y educativo que compone la opinión.

Pero cada asesinato, porque es un asesinato que se realiza á nombre de la ley, de la moral ó de los intereses dominantes, como le sucedió á Jesucristo, sirve para llevar al cerebro de la masa algo de las ideas que motivaron el choque contra el individuo, como para ello sirve, aunque en menor grado, porque es menor el sacrificio, cada persecución que sufren los innovadores, así sean artistas, científicos ó sociólogos.

Hay persecuciones de varias clases: morales, como las de aquel artista que no puede vender la obra por haberla producido fuera del gusto reinante; materiales, como las de aquel sabio ó las de aquel filósofo que se le encierra por haber contravenido la santidad de los intereses creados.

Ni es menester presentar ejemplos. Sucedió y sucede en cada movimiento intelectual, así haya tenido por manifestación la Política, como la Sociología, la Religión, el Arte ó la Ciencia. Es otro principio de mecánica intelectual tan riguroso y exacto como los principios matemáticos.

Cuanto más aislada se produce la opinión de los hombres superiores, cuantos menos elementos intermedios existen entre el pueblo y el individuo, más difícil es la comunicación de los que piensan para la humanidad de mañana con los que obran conforme al pensamiento de los que pensaron ayer; y, por consiguiente, mas fácilmente se producen aquellos choques de que hemos hablado, y que todo hombre habria de lamentar.

A medida que la humanidad avanza, la ilustración se generaliza y los cerebros se nivelan ó reducen la diferencia intelectual que va del hombre al pueblo.

El interés de toda persona instruida debe ser utilizar esta corriente de odio, este choque de pasiones que concluye con la vida de uno de nuestros semejantes, siempre más digno que los mismos que condenan, por no poder apreciar el valor moral é intelectual de quien halla pésima una humanidad como las pasadas y como la presente, basada en la explotación que el hombre practica sobre los hombres, contra los cuales ha de tomar las mismas precauciones que contra las fieras.

Puede y debe el hombre asimilarse las creaciones del hombre sin necesidad de sangre ni de rencores.

Una de las condiciones que exige el resultado apetecido es que haya elementos que transmitan al pueblo las ideas reformadoras; que sirvan de comunicación entre lo pasado y lo futuro, entre lo que impera y lo que ha de imperar, y que lo haga fielmente con amor, con cariño, con voluntad. Esta es la misión que se propone LA REVISTA BLANCA.

LA REDACCIÓN.



SOCIOLOGÍA

LA FE EN EL PROGRESO

Los satisfechos, los que aspiran á serlo y los que tienen atrofiada la inteligencia por la rutina, califican unánimemente de utopía todo propósito de reorganización racional de la sociedad.

Para la universalidad de los malos y de los tontos, el quietismo en el lodazal parece la ley suprema de la vida.

El entendimiento humano, salvando todos los prejuicios, rebelándose contra todas las autoridades y aun arrojando la condenación eterna, ha escalado las inmensidades del universo para conocer los mundos, examinar su composición y dimensiones, observar sus movimientos y descubrir las leyes que los rigen, del mismo modo que ha sorprendido la vida de los infinitamente pequeños para precaverse de sus influencias morbosas y aprovechar las que pudieran sernos útiles; analiza cuanto es y cuanto vive; agrupa en series ordenadas las cosas, y metodiza los conocimientos, llevando el saber hasta los límites de lo inverosímil, y, sin embargo, se detiene ante lo más fácil y lo que más le interesa: la economía social.

Después de la interminable serie de pensadores y filántropos que en todas las épocas de la vida humana aspiraron á la constitución de la sociedad justa y perfecta, preséntase el proletariado moderno, movido por la poderosa iniciativa de Karl Marx, y en sus secciones locales, en sus agrupaciones nacionales y en sus Congresos internacionales proclama el derecho á la participación que le corresponde en la riqueza social; y ante tan racional, tan práctico y tan necesario propósito, el privilegio, representado por los Gobiernos y por las entidades todas en que se manifiesta la vida de las clases superiores, repite con la Iglesia el fatídico *non possumus* que el error ahito opuso siempre á la verdad harapos y hambrienta.

Recordemos á Colón ante la Junta de Salamanca, oyendo á aquellos sabios católicos: la tierra no puede ser redonda, ni móvil, ni sostener antípodas, porque es locura creer que hay gentes que andan con los pies arriba y la cabeza abajo; que los árboles crecen desde la copa al tronco, y que llueve, nieva y graniza desde el suelo al cielo; que es desmentir la Biblia, y, por tanto, herejía pretender que hay naciones que no descienden de Adán y Eva; que San Pablo, en su epístola á los hebreos, compara al cielo con un tabernáculo en el que hay un cortinaje extendido sobre la tierra, y que, naturalmente, la tierra es plana como la palma de la mano; pues el mismo valor racional que esos argumentos contra el pensamiento de Colón, tienen las afirmaciones de León XIII en la Encíclica sobre la cuestión social que, con aplauso y aprobación de todos los detentadores de la riqueza pública, de los economistas burgueses y de la prensa de todo el mundo civilizado, se publicó en Mayo de 1891; con la circunstancia agravante de que lo que en los sabios salmantinos es ridículo, como consecuencia de la ignorancia teológica de la época, resulta en la famosa Encíclica irritante negación del progreso, por cuanto, dado el carácter infalible atribuido á su autor, pretende pa-

sar por inapelable condenación de todo ideal de justicia humana, como lo patentizan estas palabras.

«Para remedio de los males sociales, los socialistas, excitando en los pobres el odio á los ricos, pretenden que debe abolirse la propiedad, y hacerse de todos los patrimonios particulares un patrimonio común, administrado por el Municipio ó por el Estado...» «El primer principio que hay que poner de relieve, es que el hombre debe sufrir con paciencia su condición; es imposible que en la sociedad civil todo el mundo sea elevado al mismo nivel...» «Sí, el dolor y el sufrimiento son la herencia de la humanidad; y los hombres lo ensayarán todo y lo intentarán todo para destruirlo, pero no lo lograrán jamás, cualesquiera que sean los recursos que desplieguen y las fuerzas que pongan en juego...» «Hoy especialmente, en medio de tanto ardor, de desenfrenadas codicias, es necesario que se tenga á las masas encerradas en el círculo de sus deberes... intervenga en este caso la autoridad del Estado, y enfrenados los agitadores, preserve á los buenos obreros del peligro de la seducción y libre á los legítimos poseedores del peligro del despojo.»

Nec plus ultra escribió Hércules sobre las montañas de Calpe y de Abyla, con el asentimiento de la antigüedad pagana y cristiana; lo que desmintió Colón después de cuarenta y cinco días de navegación rumbo á Occidente, el 12 de Octubre de 1492.

Non possumus opone el Pontífice romano, apoyado por la tiranía y la explotación modernas, á las aspiraciones emancipadoras del proletariado, no vacilando en poner su alto prestigio al servicio del pesimismo y de la injusticia con estas palabras: «Si hay quienes atribuyen el poder y quienes prometen al pobre una vida exenta de sufrimientos y de trabajos, y llena de reposo y de perpetuos goces, esos engañan ciertamente al pueblo, y le tienden emboscadas donde se oculta para el porvenir más terribles calamidades que las del presente.»

Pero contra la dudosa competencia pontifical en materias sociológicas, está la infalibilidad del progreso, que manumitió al esclavo, emancipó al siervo y elevará al jornalero á la doble dignidad de capitalista y productor.

No importa que la fuerza apoye actualmente á la injusticia. Fuertes eran, á no poderlo ser más, en determinados períodos históricos, las diversas manifestaciones de la iniquidad social, y débiles en extremo sus víctimas; pero la idea que surgió en un cerebro, extendióse á la manera de los líquidos que atraviesan los tubos capilares, tocó á muchos cerebros, y llegó á impregnar las grandes colectividades, determinando los trascendentales acontecimientos revolucionarios que transformaron las naciones.

De autoridad omnimoda y de fuerzas colosales disponían los faraones para oprimir á los descendientes del pueblo escogido; y todo ese poder fué impotente para impedirles el paso á la tierra prometida, donde llegaron al fin, no por el milagro bíblico del paso del Mar Rojo, sino por la fuerza de la fe en el ideal.

Monstruoso era el poder del déspota persa que quiso convertir la Grecia, emporio del saber del mundo antiguo, en una satrapía más; pero sucumbió vergonzosamente en Salamina y en las Termópilas ante la heroica exaltación de los defensores del derecho.

Hundióse el poder de Roma, la avasalladora de las naciones, dejándonos, como restos de su grandeza, la noción político jurídica que aún sirve de base al privilegio y á la explotación en la época presente.

Y la intolerancia católico-inquisitorial, con sus mazmorras, sus tormentos y sus hogueras, cedió el puesto á la libertad de cultos.

Del mismo modo que, á pesar de las alianzas de los Gobiernos, del poder de los ejércitos y armadas actuales, de las leyes excepcionales de represión y de las Encíclicas pontificales, el proletariado llegará á conquistar su positiva emancipación, consistente en la abolición del jornal, con todas sus consecuencias económicas, políticas y jurídicas.

La fe en el progreso, que no es la credulidad en un dogma impuesto por una Iglesia ni el servil acatamiento á una superioridad jerárquica, sino aquella de quien dice San Pablo: «Es, pues, la fe la substancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven» (Hebreos, XI, 1), nos evidencia que sin una paralización en el movimiento progresivo de la humanidad, que sería su muerte, la evolución incessante que viene efectuándose traerá en su día por la revolución la libertad y la dignidad del último paria, el proletario; y esto, no por la vana declaración cristiana de que todos somos hijos de Dios y herederos de su gloria, ni por el no menos estéril reconocimiento democrático de que todos somos iguales ante la ley, sino porque de hecho y de derecho y de una manera perdurable entrarán los desheredados todos en la posesión y disfrute del patrimonio universal, consistente en los bienes que la naturaleza ofrece espontáneamente á la humanidad para la satisfacción de sus necesidades, y en los producidos por la observación, el estudio y el trabajo de las generaciones precedentes.

Firmes en esta fe, si por la cortedad del plazo de nuestra existencia no lográsemos la dicha de verla realizada, al menos consuélanos la esperanza de que de nosotros pueda decirse lo que dijo el Apóstol acerca de los héroes del Antiguo Testamento:

«Conforme á la fe murieron sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos, y creyéndolas, y saludándolas.»

ANSELMO LORENZO.

DE LA MORAL

Aunque sobre el hombre obran dos mundos, uno cósmico ó físico, otro psíquico ó moral, y ambos á dos concurren necesariamente en el desarrollo de la historia humana, en este trabajo sólo me propongo demostrar que, para poner nuestra vitalidad á la altura que la ciencia actual demanda y que el bien social exige, hay que comprender dentro la incesante modificación que todos los organismos sufren, á la moral, base, factor ó lo que se quiera de las costumbres de los pueblos.

Como resultado de la lucha y selección social, la moral, á cada etapa del progreso, debe por necesidad seguir la transformación de los seres y las organizaciones; de lo contrario, nos exponemos á que venga la atrofia de la sociedad entera. Culpa será esa de la fuerza que tienen sobre nosotros las preocupaciones que nos *prohiben* lo que necesitamos y, en cambio, dejan camino expedito á lo que nos es nocivo.

Nuestras nociones de moralidad elevan los elementos éticos é intelectuales del amor sexual sobre la parte física que nos parece deshonorosa. La naturaleza, sin embargo, castiga este error; pues un gran número de enfermedades y vicios, conocidos por meras consecuencias de la continencia forzosa, pululan secretamente en ambos sexos y socavan la salud física de las generaciones venideras. Se sabe muy bien que es

inútil esperar que se curen y prevengan estas enfermedades si no se ataca el mal por la raíz. Pero á esto se opone la moral, esa moral que hace depender la honra de la mujer de pasar aviso al cura ó al juez para dar satisfacción á sus necesidades físicas, y hace de la viuda una mujer honrada y digna, que nadie se avergonzará de unirse, y de la soltera con hijos una perversa indigna de juntarse con quien se estime.

Es verdaderamente jocoso el concepto que se tiene hoy de la castidad, especialmente la de la mujer. El hombre que no ha disfrutado de todos los placeres antes de unirse maritalmente, en un pobre hombre; mas ¡pobre de la mujer que se sepa ó suponga haya probado una sola vez la ambrosía! Sin atender á que la abstinencia absoluta á que se la sujeta en nombre de la moral, constituye un grave pecado contra natura; pues nuestro cuerpo no tiene órgano, ni nuestro cerebro facultad que, para conservar su salud, no necesite su parte de actividad conveniente.

El bien, efecto—dicen—producido por la causa moral, es convencionalismo puro; pues así como para el físico el frío no es opuesto al calor, sino que es sencillamente un calor disminuido, el mal supone menos sensación de bien; resultando que las cualidades buenas que nos produce la práctica de la moral, por necesidad tienen que ir acompañadas de las malas, mejor dicho, de cualidades menos buenas. Despréndese de ello que el individuo es bueno ó malo, según la ocasión se le presente, según el ambiente que le rodee, y valiéndome de una expresión vulgar, según el pan que coma; pocas veces, según la moral que impera; tan pocas, que no se puede tomar en sentido general.

¿A qué vienen, pues, los lamentos que por doquier se oyen, diciéndonos que invadidos por una corriente invisible, pero arrolladora, que empuja y precipita al mundo hacia los abismos de la fuerza, en cuyo fondo fermenta el despotismo de los Césares ó la tiranía de la plebe, camina la humanidad completamente desorientada, sujeta á un oleaje sensual y escéptico, donde se niega á Dios y se escarnece la idea que tenemos de lo más sagrado, el sentimiento del amor y la familia?

Si por ley natural del progreso todo está sujeto al cambio, á la renovación, á la transformación completa, lo mismo las formas sociales que los contratos, que la aplicación de los sentimientos, escapará la moral á esta regla generalizada en todos los organismos, en todas las células, en todos los órdenes de la sociedad y de la naturaleza?

De ninguna manera. No vivimos aún en el mejor de los mundos posibles para que no nos sea dable aspirar, cuando menos, á satisfacer todas nuestras necesidades, que hoy por hoy es imposible, con el peso de preocupaciones que llevamos áuestas.

Claudio Bernard, uno de los contemporáneos nuestros que simboliza mejor el espíritu científico y de investigación del presente siglo, el más fecundo en maravillosos inventos, ha dicho que «la moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiénolos al experimento».

Estoy completamente identificada con esa teoría. La salud de todos exige que nos ocupemos muy mucho de analizar cuanto rodea al hombre en su naturaleza externa, como también al hombre mismo su parte física y aun su parte moral, su naturaleza interna, para conocer el fondo mal sano que tiene esa sociedad decadente.

SOLEDAD GUSTAVO.

SOCIOLOGIA

Es la igualdad económica una aspiración genuinamente socialista, y los que, llamándose socialistas no la defienden, desconocen el significado de la palabra.

La naturaleza envía á todos los seres benéficos rayos de luz, y crea, para todos ellos también, ese aire purificador de nuestra sangre.

No distingue de razas; tampoco de clases.

Ni los rayos solares se desvían, ni se desvía el aire por dirigirse á un pobre.

Sólo se acapara y explota lo que los hombres pueden acaparar y explotar, que es la tierra y lo que ella produce.

Esto significa que las causas que dividen á los hombres en ricos y pobres son puramente sociales, sin que la naturaleza las tolere ni promulgue.

De la escasez se derivan enfermedades; luego la escasez no es natural.

Una organización económica que dificulta la obra de la naturaleza, no puede ser justa.

Si la miseria viniera de la naturaleza, la muerte no vendría de la miseria. Los agentes naturales, aquellos que no se prestan á la explotación, no distinguen de clases. Lo hacen las leyes y las costumbres que los hombres hemos establecido.

Con que la igualdad económica presidiera los actos de la vida, las cuestiones que reconocen por causa la desigualdad social, que son más de las que comunmente se cree, quedarían resueltas de un modo favorable á la salud y al bienestar de la especie.

Para la vida material hemos de atenernos á las demandas que nos hace nuestro propio organismo. Lleva él la medida de todas sus fuerzas y de todas sus necesidades. La naturaleza nos dice lo que es menester para vivir bien, y á sus advertencias hemos de amoldar nuestras costumbres si queremos completar la obra que la naturaleza formó al formarnos. Toda institución que se oponga á que se satisfagan aquellas necesidades, es una institución mala.

Las manifestaciones de la naturaleza, sean de la índole que fueren, son la mejor regla para la salud del hombre. Esta no es posible contravieniendo aquéllas. Las ideas contrarias á ésta son hijas de un misticismo insano y de un pasado reñido á todo estarlo con las leyes orgánicas.

¿No vemos cómo precisan á la marcha y vida de los mundos las leyes que llevan en sí y los movimientos que ejecutan? Pues nosotros, y con nosotros todos los seres organizados, que somos una manifestación de aquellas leyes, á la manera que de nuestra ley lo son las pasiones, hemos de mirarnos en aquel espejo y obrar tal como el espejo nos ejemplar.

La naturaleza es inmensamente sabia. El hombre es uno de sus frutos. A las obras de aquella naturaleza hemos de amoldar, pues, los actos.

Las leyes materiales que nacen al nacer el hombre, vense hoy contrarrestadas por las preocupaciones sociales. Sentimos hambre, y no podemos comer; sentimos frío, y no podemos calentarnos; se manifiestan en nosotros las leyes de la reproducción, y una falsa moral pone absurdas condiciones á su cumplimiento. La sociedad siempre contraria á la naturaleza. Mientras no las armonicemos, ni el hombre estará sano ni será feliz.

CHARLES MONEY.



CIENCIA Y ARTE

La tisis.

El primer paso racional para la curación de una enfermedad consiste en el conocimiento de su causa. Por esto podemos afirmar que es inmenso el valor de los experimentos que á continuación vamos á mencionar. Entre esos experimentos puede contarse el mayor descubrimiento que jamás se haya hecho en el terreno de la patología, queremos decir, el descubrimiento hecho por Roberto Koch de la causa de la tisis, uno de los más terribles azotes de la humanidad. Koch, que era médico en una ciudad modesta de Alemania, publicó trabajos notabilísimos acerca de microbiología, y el Gobierno prusiano, reconociendo sus extraordinarios talentos, le confió un importante puesto oficial en Berlín. Aquí continuó sus estudios y experimentos, y en 1881 pudo enseñar á los individuos del Congreso médico de Londres, por primera vez, el bacio de la tisis ó tuberculosis. Este descubrimiento arrojó sorprendente luz en un extenso grupo de enfermedades, de las que antes sólo se sospechaba, sin seguridad alguna, que tenían entre sí afinidad; obteniéndose en su tratamiento quirúrgico una precisión hasta entonces desconocida, y cambiando radicalmente las ideas acerca de su diagnosis y profilaxia.

Dado el gran interés que suscita esa cuestión de la tisis ó tuberculosis entre el público ilustrado, vamos á comunicar á continuación algunos preciosos datos que sacamos de la conferencia que dió en el último Congreso internacional de Roma el doctor Bernheün.

Grande es la importancia de establecer con anticipación el diagnóstico, tanto en la tisis mulmonar como en las otras formas de la tuberculosis, por cuanto existen mayores probabilidades de curar en este período la enfermedad microbiana. Los veterinarios se encuentran, en este respecto, más favorecidos que los médicos: pueden experimentar á los animales con la tuberculina (vacuna descubierta por Koch) en los casos dudosos, y esta prueba, aunque NADA ABSOLUTA, constituye MUCHAS VECES una demostración concluyente y cierta.

La experimentación ha revelado, fuera de esta piedra de toque, algunas indicaciones de gran valía; se han observado, con efecto, en los animales tuberculizados la tumefacción ganglionar de la región inoculada, en cuyos sitios se localiza el efecto primero de la infección; además, el bazo, sumamente hipertrofiado, con volumen igual ó superior al del hígado. En período más avanzado, todo el sistema linfático participa del daño, los ganglios se hipertrofian, y se descubre en su parénquima el bacilo de Koch; este micro-organismo no se percibe sino rara vez en la sangre, cuyo medio le es, al parecer, desventajoso.

Lo propio sucede en el hombre, donde es raro también encontrar el bacilo en la

sangre del tísico, aun en período avanzado, y sin embargo se puede provocar algunas veces la tuberculosis por la inyección de esa misma sangre á los animales.

Un gran número de síntomas clínicos puede ayudar en el enunciado de este diagnóstico precoz. La decadencia del estado general, de las funciones nutritivas, trayendo consigo el enflaquecimiento, el aumento de la temperatura y ciertos trastornos gástricos y nerviosos que llaman la atención del facultativo, son signos de probabilidad tuberculosa.

A estos fenómenos generales pueden unirse otras señales más precisas: 1.^a, el examen de los líquidos fisiológicos, de la secreción renal que contenga un exceso de fosfato con disminución de la urea, de la sangre cuyos elementos figurados no sean ya normales, de la expectoración que contenga, aunque rara vez, bacilos, lo mismo que las otras secreciones; 2.^a, la inoculación de la sangre de un individuo que se observe á un animal; 3.^a, el examen del sistema linfático (en muchos tísicos se observa desde el principio una hipertrofia de ciertos ganglios); 4.^a, y sobre todo, el estado del bazo, siempre hipertrofiado en los tuberculosos; 5.^a, la inoculación del suero inmunizado, que es para el tísico lo que la quina para los que padecen paludismo.

Salvo en los casos avanzados de tuberculosis, cuando la enfermedad no es ya dudosa, se deben combinar los medios enunciados para establecer el diagnóstico, pues uno solo no basta para adquirir una certeza absoluta.

Los recién nacidos de animales tuberculizados contraen la tuberculosis, según ha podido observarse, cuando se les deja al lado de los padres; y por el contrario, se conservan sanos si se les aleja de ellos inmediatamente después de nacer.

Idéntico resultado se ha obtenido por la inoculación subcutánea y de la inyección intravenosa del bacilo de Koch en perras, conejas y cochinillas de Indias en estado de preñez. Nunca contraen la tuberculosis las crías de esos animales, á pesar de la infección experimental de la madre durante la preñez: de aquí podemos deducir el importante hecho de que los bacilos maternos no atraviesan la placenta cuando ésta se conserva sana.

La mayoría de los veterinarios admiten, con el profesor Nocard, que la tuberculosis es una enfermedad excepcional en los recién nacidos de la especie animal, por cuya razón creen muy poco en la transmisión de la tisis por la herencia.

El Dr. Bernheim dice haber observado que se pueden librar perfectamente de la tuberculosis los niños que proceden de padres tísicos, si se les separa del foco del contagio inmediatamente después de su nacimiento.

«En tres ocasiones diferentes—dice el mencionado médico—he asistido de parto á mujeres tísicas que han dado á luz gemelos vivos, y he logrado con habilidad hacer criar cada vez uno de los niños por una nodriza sana, al lado de la madre tísica; el segundo gemelo era enviado al campo y sometido á la lactancia artificial. Los tres primeros gemelos que quedaron cerca de sus padres sucumbieron, uno de tisis y los otros dos de meningitis tuberculosa; dos de sus nodrizas, que quedaron en el lugar, murieron igualmente de tisis. Por el contrario, los niños separados de los padres y criados en el campo en buenas condiciones higiénicas, viven los tres y se conservan en buen estado de salud.

El Dr. Hutinel, de París, ha probado con una estadística de gran número de niños nacidos de tísicos y colocados en el campo por la «Assistance Publique» que la tuberculosis era entre ellos excepcional y muy rara.

De todo lo expuesto se pueden deducir las siguientes conclusiones: La tuberculo-

sis no se propaga transmitiendo su germen por herencia; todas las formas de la tuberculosis se adquieren por contagio; todo sujeto nacido de padres tísicos debe ser separado inmediatamente del foco de contagio.

JULIO BROUTA,

CIENCIA Y SOCIALISMO

Hay profesiones que ponen al hombre muy en contacto con las deficiencias sociales. La de médico, por ejemplo.

Nosotros conocemos los males físicos que se originan de la falta de higiene, de alimentación, de ejercicios, etc., y por tal motivo deberíamos pedir antes que nadie la reforma social.

Precisa que hablemos á los poderosos y á los humildes el lenguaje positivo y sincero de la ciencia, para convencer á los primeros que es cuestión de humanidad poner al hombre en las mismas condiciones nutritivas y atmosféricas del animal y de la planta, y para convencer á los segundos que su mayor interés ha de consistir en recabar de las clases directoras aquellas medidas de salubridad que requieren el desarrollo y la reproducción del cuerpo humano.

Por somera que sea la educación moral y política del médico, ha de estar convencidísimo y ha de lamentar al mismo tiempo que muchas de las enfermedades que se producen en nuestro organismo obedecen á las malas condiciones de ambiente, así de los agentes naturales como de los sociales, y ha de estarlo, también, de que estas mismas condiciones pésimas que rodean al hombre impiden que se aplique el debido remedio á sus dolencias.

La práctica nos enseña que ciertas recetas, por su coste, no están al alcance del enfermo pobre; y por mucha que sea nuestra indiferencia ante los males ajenos, no podemos menos de lamentar que la pobreza sea á veces la única causa de la muerte.

Muchas vidas salvaría el cambio de clima ó de profesión, pero como el modo de ser de la sociedad obliga al enfermo á que continúe trabajando como ha trabajado hasta allí y á vivir donde ha vivido, porque allí, y sólo allí, tiene escasos medios de vida, ó á trabajar en el oficio que viene trabajando, porque otro no le produciría el escaso jornal que el pobre gana, el enfermo ha de morir, no precisamente porque tenga mal para tanto, sino porque no puede medicarse conforme requiere su estado.

Si tuviéramos en cuenta estas condiciones sanas y humanitarias, los médicos habríamos de ser partidarios del socialismo, y en su propagación habríamos de emplear parte de nuestra existencia, seguros de que seríamos más útiles á la humanidad doliente, que aconsejándole remedios que no están al alcance de su bolsillo, ó no aconsejándolos para no hacer más afflictiva y desesperada la situación de las familias.

Si las substancias con que nos nutrimos fuesen asimilables; si respiráramos aires puros; si el trabajo no fuera superior á nuestras fuerzas ó pudiéramos reponerlas debidamente; si las condiciones de la sociedad no produjeran dolores morales, la muerte sería el fin natural de un organismo constituido para vivir tiempo determinado, que hoy jamás alcanza.

Las enfermedades que el hombre contrae, sean de esta ó de aquella índole, recone

cen por causa agentes exteriores mal avenidos con nuestra salud; y si alguna de ellas tiene la herencia por origen, no por eso dejó de tener origen social al manifestarse en el primer hombre.

Recomendamos esta cuestión á los médicos de espíritu liberal y altruista, y les incitamos á que beneficien á la humanidad tanto con los conocimientos médicos que posean, como con aquellos que resultan del contacto con la sociología.

DOCTOR BOUDIN.

LITERATISMO

Al estudiar el proceso económico, ó sea la llamada economía dinámica, cabe partir de un estado primitivo, de ordinario hipotético, en que el individuo subventa directamente á sus necesidades todas enderezando derechamente la producción al consumo sin proceso alguno intermediario tal que velara esta primaria y radical relación. El individuo distribuye y regula su tiempo y su esfuerzo, según la utilidad relativa que atribuye á cada bien producido. Pero viene muy luego la división y diferenciación del trabajo, y con ella el cambio; añádese más tarde el uso de terrenos de diferente feracidad, el monopolio sostenido por la fuerza, la esclavitud, el cambio de bienes presentes por futuros, y el interés con él, el anticipo de manutención y materia prima, el préstamo de instrumentos de labor; nacen la renta, el beneficio y el interés; y por un proceso que de día en día estudia más y mejor, hemos venido á parar á la actual economía, en que se nos presenta enormemente velada la relación original y primaria entre la cantidad de trabajo productivo y la utilidad relativa del producto. Ya no se endereza directamente la producción al consumo, sino al cambio y á la venta; el mercado lo envuelve todo. Rara vez se aplica el criterio de la utilidad intrínseca del género producido. Tómase por un bienhechor de la clase obrera y de la sociedad en general á quien entierra millones en una casa de lujo, *dando de comer* así á cientos de obreros, y á quien afirme que el tal lo que en realidad hace es quitar de comer, se le toma por un cultivador de peligrosas paradojas.

Nacen de lo indicado los cien mil embrollos en que se meten las gentes en cuanto tratan de valor intrínseco y extrínseco, de uso y de cambio, de utilidad y de precio, y de otras nociones y especies análogas, cuya depuración y clasificación sigue siendo la principal tarea de la economía política; ciencia que, como la psicología, lucha con un tecnicismo heredado de nociones vulgares basadas en los prejuicios todos de la mera apariencia.

Mas lo evidente es que, con unas y otras cosas, háse entenebrecido la visión del primitivo enlace entre la producción y el consumo, porque se produce para vender y no siempre se vende para consumir. Y á la vez se ha obscurecido la idea de que de la producción depende la distribución, en mayor grado que ésta de aquélla. Un pobre hombre recoge unas semilla en el bosque, hace con ellas cisco, y va ofreciéndolo por las calles á grito pelado, y mientras él no logra, tal vez, sacarse un jornalito, le oyen pregonar su mercancía otros desdichados que se acurrucan unos junto á otros arrecidos de frío. ¡Y luego vendrán los sofistas asegurándonos que las crisis se deben á sobreproducción!

No es mi intento aquí seguir el hilo de estas consideraciones; sino que una vez apuntadas, y después de haber rogado al lector que medite un poco en sus consecuencias, voy á aplicarlas á la producción artística literaria, enderezada hoy en gran parte más á la venta que directamente al general consumo.

La estética, que, en manos de filósofos y artistas casi exclusivamente, ha progresado no poco, progresaría aún más si les ayudarán á cultivarla hombres de ciencia en sentido estricto.

Ya la aplicación de la psicología fisiológica, de la sociología y de las mismas ciencias físico-químicas y naturales, ha hecho dar grandes pasos á la estética, y creo que avanzaría no poco si se aplicase con seriedad, y sin ir á tiro hecho, la economía. Propendo á ver, acaso en exceso, en el fondo de no pocas cuestiones estéticas un problema económico, como en el fondo de no pocos fenómenos psíquico-estéticos se cela un fenómeno de nutrición fisiológica.

Conviénesenos suponer un estado primitivo de los toscos albores del arte, estado en que todo hombre era su propio artista, y en que se identificaban la producción y el consumo artístico, cantando ó bailando para sí. Dura aún tal estado, sobre todo en los niños, en quienes el juego, germen del arte, cogüelmo que rebasa y se vierte de espontánea plenitud de vida. Resuenan á las brisas de ésta como á las del viento el arpa cética.

Sin entrar aquí en las vaguedades corrientes acerca del origen del arte y de su finalidad, he de indicar que creo que es el arte el que en rigor crea la belleza, que á tanto como crearla equivale el descubrirla. La pintura de paisaje es la que ha creado la belleza del paisaje mismo. El sentimiento estético nació del juego, es decir, en el arte, para proyectarse á la naturaleza; pero nació cuando el arte estaba aún íntimamente unido á la naturaleza misma, cuando aún no se habían diferenciado apenas, cuando no se había desprendido todavía el espíritu humano del mundo de los fenómenos exteriores, su placenta, sino que en él vivía vida verdaderamente intrauterina, ó mejor dicho, intranatural.

Conocido es de todos el proceso mediante el cual sobrevino la diferenciación del artista, confundido en un tiempo con el artesano, en el tiempo aquél en que era una misma cosa autor y actor dramático, arquitecto y maestro de obras, escultor y fundidor, poeta-músico y trovador más ó menos errante. Ha ido estableciéndose gradualmente la especialización artística y el que artista viva de la profesión de su arte, y con ello ha venido todo eso del sacerdocio del arte y de «el arte por el arte», expresiones á que se da sentidos tan diversos, y en fondo tan groseramente económicos no pocos de ellos. Cuando el sacerdote vive del altar, es cuando se deja sentir la necesidad de exaltar el prestigio del sacerdocio.

Con la diferenciación y especialización del artista han venido otras dentro de cada arte. Merecería la pena el investigar hasta qué punto es de origen económico la diferenciación de géneros literarios. Patente está, por de pronto, el hecho de reinar un general prejuicio de que el literato que haya distinguido en un género no puede sobresalir en otro género diverso, y no menos patente el encasillamiento que de las obras literarias se hace. Es frecuente tropezar con críticas en que se arguye de una producción literaria que no pertenece á género dajo. La crítica técnica, es decir, la del *oficio*, tiene establecidas ciertas condiciones á que ha de sujetarse la novela, pongo por caso, y aplica ese patrón á cada nueva obra.

Mil veces se ha escrito contra las funestas consecuencias de la brutal diferencia

ción del trabajo en la economía mercantil que sólo mira al mercado, y las más de esas execraciones cogen de plano á la diferenciación artística.

El arte, como la filosofía, es integración suma, y en él, más que en otro campo de actividad humana, produce la especialización funestos frutos. El literato que no es más que literato, jamás llegará á ser un verdadero artista. Es una calamidad la de esos literatos sin educación filosófica ni científica, que acaban por caer en eso que se llama *esteticismo*, y menosprecian mundos que les están cerrados, fingiendo dejarlos para otros. Pululan los novelistas que se forman y e lucan leyendo novelas, y los autores dramáticos que se hacen estudiando teatro hecho. Unos y otros sólo logran producir novela de novela y teatro de teatro; y si miran á la realidad, no consiguen verla sino á través de las novelas y dramas que hayan estudiado. De aquí proviene la utilidad de los *bárbaros*, de los que irrumpen en un campo desde otro acaso más lejano, de los que entran atropellando toda la tradición que han construido los profesionales.

Entre esos literatos meramente tales, es donde mayor favor alcanza la famosa fórmula de «el arte por el arte», que bajo apariencia de lema idealista cela las más groseras razones económicas.

El arte por el arte y para la vida. ¡Hermosa fórmula! Hermosa fórmula que recuerda el abrazarse para más abrazarse del Maestro León, pero fórmula que suele ser vir de bandera al más pernicioso literatismo.

En ninguna parte he visto expresado el fondo de este género de esteticismo con mayor felicidad que en aquellos famosos versos de la Odisea, de que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que los venideros tengan algo que cantar, ni en parte alguna he hallado mejor «establecido su código que en unos versos de un moderno poeta inglés, Kenyon Cox, versos titulados «El evangelio del arte» (*The Gospel of Art*), y que dicen así:

Work thou for pleasure; paint or sing or carve
The thing thou lovest, though the body starve.
Who avorks for glory, misses oft the goal;
Who works for money, coins his very soul.
Work for the work's sake, then, and it may be
That these things shall be abdad unto thee.

Es decir: «Trabaja por placer; pinta, canta ó esculpe lo que ames, aunque languidezca el cuerpo. Quien trabaja por la gloria, falla á menudo su blanco; quien trabaja por dinero, acuña su propia alma. Trabaja por la obra misma, pues, y puede ser que se te dé todo aquello de añadidura.»

Los versos de Kenyon Cox están muy bien; sólo que á los apóstoles de este evangelio les ocurre que al trabajar por la obra misma es pensando en la añadidura, como aquellos otros que se humillan para ser ensalzados. Por paradógico que parezca, me atrevo á sostener que son motivos de origen económico los que han llevado á los artistas á ese *work for the work's sake*, trabajar por la obra misma, y que la fórmula «el arte por el arte» suele ocultar la concepción más antisocial del arte, una concepción aristocrática.

Entre esos desinteresados amadores del arte por el arte mismo es donde ha nacido, en efecto, ese neo-aristocratismo que tantas formas reviste. Algún día escribiré de él y de la profunda inmoralidad de eso que llaman la aristocracia del talento, el go-

bierno de la ciencia, la predominancia de los *aristos* y otras atrocidades semejantes que ha traído consigo la gangrena del intelectualismo. Todo esto ha nacido de los *profesionales*, de los especialistas, en quienes se muestra cómo padece el arte bajo el industrialismo capitalista. Repito que ha de parecer en mi gusto por la paradoja, y hasta prurito de afirmar contradicciones; pero sostengo que el haberse sobrepuesto el valor de cambio al de uso, es el que ha traído eso de «el arte por el arte», que hace de éste un género de lujo. El día feliz en que un diamante valga menos que un grano de trigo, se verá el verdadero valor estético de ciertas obras de arte, muy apreciadas hoy por los *gourmets* literarios. Y entonces se comprenderá también cómo el famoso apotegma de Lope de Vega de «hablarle en necio para darle gusto», resulta en fondo más elevado y puro que el de «trabaja por la obra misma».

Decía Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir, y los que escriben por que han pensado. A la segunda clase pertenece el rebaño de los escritores profesionales. Artistas hay que no cantan, escriben ó pintan porque hayan sentido ó pensado algo, sino que piensan y sienten *para* cantar, escribir ó pintar. Este *para* enturbia las fuentes mismas de la producción artística, haciendo que el arte se nutra de sí mismo y se encanije. Es casi ineludible que el que mira al paisaje real *para* pintarle, lo mire á través de otras pinturas.

Todo lo cual no está reñido con la delicada cultura del artista y con su educación filosófica y científica, pues de ésta puede brotar espontánea la obra de arte al contacto con la realidad. Un pensador reflexivo puede ser un artista espontáneo.

Obsérvase, por último, entre los profesionales apestados de literatismo que les molesta lo genial, á cuyo propósito jamás olvidaré cierta conversación en que uno de esos profesionales ponía al artificioso Turguenev por encima de aquel vigoroso genio de Dostoyusqui. Y no quiero hablar de los defensores del *amenismo*, ni de los expendedores en géneros de novedad y de fantasía, de que acaban de traer un excelente surtido para servir á la clientela.

El problema es, en último término, problema de consumo estético. La salvación del arte estriba en extender su consumo popularizándolo. Al entrar nuevas masas sociales á su goce, obligarán á los artistas á que hablen en necio, en verdadero y sano necio, para darles gusto, y harán que se rebusque más y más la poesía de la vida cotidiana. Y así se caminará á embellecerlo todo, lo más cursi y ordinario inclusive.

Es, en efecto, el fin del arte embellecer á la naturaleza, para lo cual tiene que naturalizarse él, haciéndose más natural, no más naturalista; más real, no más realista. El proceso entre el arte y la naturaleza es de mutua convergencia, tendiendo á la fusión; á medida que el arte se haga más natural, nos hará la naturaleza más artística, y así ésta servirá mejor de materia al arte, naturalizándolo. La mayor utilidad acaso de los paisajes pintados, es enseñar á los hombres á ver la belleza de los paisajes naturales, y viéndola, reflejarla mejor. A esto obedece el que á la vez que se dice de un hermoso paisaje, que «ni pintado más bonito», se diga de un buen cuadro de paisaje: «ni que fuese real.»

El fin último é ideal, y como ideal inasequible, es la identificación de lo natural y artístico, de lo espontáneo y lo reflejo, el que llegue á ser espontánea la reflexión y reflexiva la espontaneidad, lo cual supone al hombre naturalizado en la naturaleza en ciertos modos humanizada. Por mediación del hombre, la naturaleza camina al arte y éste á aquélla; el arte se hace naturaleza humana, nuestra, interior, médula de nuestro

espíritu, naturaleza *en* nosotros, espontaneizándose lo reflejo; y á la vez la naturaleza se hace *por* nosotros arte, lo espontáneo se refleja en ella.

La suprema obra artística del hombre es el mundo mismo; su vida debe ser la suprema realización de belleza.

MIGUEL DE UNAMUNO.

RETRATO DE UN GRUPO

(ESBOZO Á PLUMA)

Encontré aquella cartulina, empolvada y amarillenta, en un rincón de una vivienda vacía.

Era el retrato de un bonito grupo de colegialas, grupo adorable, que tenía para mí todo el encanto de un misterio.

Las conté: eran veinte cabecitas risueñas, de distinta expresión, de actitudes distintas, y me miraban con el ahinco y la rara fijeza de la fotografía, de ese momento vital y humano que sorprende, estampándolo con energía extraña, un travieso rayo de luz.

¿Quiénes eran? ¿Cuántas de aquellas vivas habían muerto ya? ¿Por qué no me contaban sus historias?

¡En tantas boquitas habladoras cuántas oraciones... cuántos besos!...

Desde aquel día en que se retrataron todas en una clase llena de mapas, rodeadas por los primores de sus agujas, inquietas como picos de pájaros, ¿cuántas cruces habían caído sobre sus hombros : dorables?

La imaginación tiene caprichos estúpidos; en presencia de aquella niñez sorprendida, de la que no quedaba para mí otra cosa que el vestigio encantador de un retrato sin nombres, pasaron por mis ojos fugaces notas de trajes, de flores y de bocas; perfumes de mujer, crujidos de raso y golpear de abanicos vibrantes; ecos de palabras, de súplicas, de sollozos; gemidos de moribundos y besos de desposadas; arrullos de madres y carcajadas de bacantes locas... ¡Qué sé yo! Extravíos, locuras!... ¡Ansias de amor religioso y fieras inquietudes de una sensualidad perdida; algo que me hacía respirar en la existencia de todas, con una hermosa mezcla de envidia y de pesar!...

Me sorprendí interrogándolas; me oprimía la frente la nerviosa inquietud de aquel diálogo ideal, y á poco, sin darme cuenta, sonreía ya levemente sugestionado por la diabólica agitación, por la risueña algazara de aquel grupo de pícaras. ¡Vivían!...

Las ví levantarse y hablar locamente, envueltas en un rayo de sol dorado y alegre. Reinó un tumulto de clase en la reducida extensión de la cartulina; sonó el timbre de la directora imponiendo orden; se arrastraron sillas y golpearon zapatitos en medio de un turbión de rumores frescos: discusiones argentinas, cuentos narrados á media voz con tonillo romántico, risas ahogadas en la costura, aleteo de cien faldas y chirridos de cien agujas. Vivían delante de mí ojos brillantes, ideas sonrosadas, manos trabajadoras, lenguas incansables y cabelleras sueltas; grupos de cabezas, produciéndome la visión de un coro de ángeles, asomando sus caras vivarachas sobre la paleta de un ar-

tista. De unos salían acentos de disputas, vocecillas roncadas por la indignación, y allí las ideas tenían la nerviosidad enérgica de una cólera infantil; de otros salían siseos de secretillos con miradas picarescas y gestos de inocente malicia.

En un grupo de éstos, ocultando el pecado detrás de las enrevesadas líneas de una esfera armilar una morena de cinco años contaba una leyenda extraña, llena de singulares maravillas:

—¡Este *verá si ve*, era un rey!...

Suspiró en seguida para dar carácter romántico a la narración y para acordarse de lo que seguía, quebró con sus dientes de ratilla una plateada hebra de hilo, y continuó:

—Pues... hijas; este rey tenía siete coches, digo, setenta coches; y además un caballito blanco que andaba doce leguas con cada pata...

A la enunciación de este detalle peregrino se arrastraron todas las sillas, y reinó en el estrecho corro un interés profundo, que ya lo hubieran querido para sí muchos autores dramáticos; pero la narradora se aturdió con este movimiento; era ello que en su cabecita de alondra habían desaparecido de repente las risueñas imágenes de la fábula, sustituyéndolas una sombra fría...

—¡Eh... qué compromiso; todas comiéndosela con los ojos!...

Y, con un gesto de disgusto, acabó así:

—Pues nada, que el rey se murió de una calentura y se lo llevaron los demonios...

Estalló entonces un tumulto de risas crueles, y como los *juicios* de la crítica saben amargamente en todas partes, sobrevinieron tales tirones de pelo, que tres de las más aguerridas fueron arrodilladas delante de la mesa, sobre la que se destacaba el temible busto de la directora, cuyas antiparras despedían rayos coléricos.

Más allá estaba el grupo de las bordadoras, de las mayores, que se reían ya nerviosamente, hablando de cosas graves.

Había allí niñas pálidas, florecitas delicadas y dolientes, estremecidas por la brutalidad de un temperamento precoz. Rostros tersos como el raso, frentes pensativas con la hostial blancura de lo inmaculado, gargantas con delicadeza de jazmines nuevos, y senos virginales, conmovidos como sensitivas.

Se contaban sueños, piropos, proyectillos, se enseñaban hojas de nardos disecadas en los libros de doctrina, simpáticos y baratísimos presentes de *aquellos* amadores medio bachilleres.

No se cansaban nunca; era un continuo paladear por aquellos labios, por aquellas lenguas vivarachas la miel delicada y misteriosa de sentirselos queridos; era un golosineo incesante, lleno de encantos, de sorpresa, de infinitos temores.

¡Y las pícaras... cómo se ajustaban ya la cinturita! ¡Con qué generoso instinto de su misión se hacían agradables!...

Tránsito sublime, transformación simpática de la falda corta en larga enaguilla, de la estampa de Santa Gertrudis en cromo de *¡No me olvides!*, de sueños de la gloria en brillantes esperanzas de la tierra, de chispa inquieta en astro arrogante, de angelito que se deja besar locamente, en hembrita que sonríe, que se asusta de sus ojeras, que interroga al espejo, que aprende a *jugar la boca*, y se pone jazmines en el seno y cintas de raso en la garganta.

¡Ah! gandules, pillastres, los que sois la única preocupación de este manojo de violetas soñadoras; los que guardáis en el texto de Psicología, Lógica y Ética breves esquelas que huelen a *eliotropo*, cuajadas por ventura, de celestes faltas ortográficas... ¡Este es vuestro tiempo; gozadlo!

Yo conservaré eternamente en la memoria los monísimos perfiles de estos rostros; yo guardaré entre mis desesperadas ternuras los luminosos detalles de estas flores dispersas por el mundo.

Dejadme en el corazón y en la fantasía la impresión de esta niñez eterna y sublime.

¡Esto es mío!

¡Yo os juro que no se perderá!

ADOLFO LUNA.

SECCIÓN LIBRE

EL CACIQUISMO

Entre las calamidades hondas, intensas, aflictivas que sufre la sociedad de España, quizá ninguna es tan grave como el caciquismo.

Los espíritus generosos que á diario se lamentan del estado de postración de nuestra raza, y los espíritus reflexivos que buscan el origen del abatimiento indudable en que ha caído el pueblo, se fijan poco en esa lepra social que es la difusión de la antigua tiranía, la transformación del poder absoluto.

Al empuje de la revolución cayó la tiranía de uno solo, y desapareció en la raza latina el régimen absolutista.

Llegó á la vida pública la clase media, conquistó sus derechos políticos, llevó á las leyes el espíritu de libertad, democratizó las alturas; pero su labor legislativa, que escaló las altas cumbres y se atrevió con todo, estableció un nivel de igualdad que se caracterizó por un profundo egoísmo.

Suprimió los privilegios de la aristocracia, pero dejó en pie los privilegios de la miseria. Hizo bajar hasta su propia altura á las razas explotadoras, pero no levantó á las razas explotadas. El proletariado siguió siendo sustancialmente lo que siempre había sido.

La clase media arrancó el poder á los tiranos y lo vinculó en sí misma.

Lo invadió todo, lo llenó todo, lo administró y lo gobernó todo ella sola, casi exclusivamente ella.

Transigiendo con la raza desposeída la concedió intervención en la política, en la Administración, en el Ejército, en el Gobierno, en las Cámaras, y así hemos visto embajadores, ministros, generales y diputados de sangre azul. El Senado mismo, con sus miembros por derecho propio, es una transacción con esa raza, á cuyo lado puso una intervención el espíritu suspicaz de los nuevos dominadores.

Pero búsquese por donde quiera, y se verá cómo las clases desheredadas no tienen intervención alguna en la gobernación y administración del Estado.

En un siglo de evolución progresiva, constante y evidente, no hemos visto aún á las clases proletarias con representación genuína en los Municipios, Diputaciones, Congresos ni asambleas populares de carácter oficial.

En el Senado tienen representación por derecho propio la aristocracia de la sangre, el Ejército y la Iglesia. Pero no hay puesto para las clases productoras.

Del Congreso, de las Diputaciones y de los Ayuntamientos en las ciudades popu-

losas, las excluye el caciquismo y la costumbre, y acaso también la propia indiferencia de ese mismo proletariado que, hasta hoy, apenas ha empezado á trabajar como colectividad para redimirse, para ejercer aquellos derechos que la ley les concede, y conquistar otros que deberá concederles necesariamente en el porvenir.

Esta desigualdad, esta postergación constante del proletariado, ha engendrado el caciquismo.

Los hombres nuevos, que llegan á la vida pública con noble afán de reformarlo todo, deben preocuparse principalmente de combatir á ese enemigo.

Mientras el caciquismo no sea aniquilado, los que piensan en un nuevo régimen de gobierno que prepare la conciencia social para las grandes transformaciones del porvenir, no habrán conseguido nada ni podrán adelantar un paso.

* *

El caciquismo es una difusión de la tiranía.

Por lo mismo es, quizás, una tiranía menos intensa, pero, acaso también, más corruptora; menos política, pero más económica.

Los actuales partidos políticos adolecen de este fundamental vicio de organización. Sin el caciquismo no podrían funcionar.

Así se explica que en esas sustituciones, inmotivadas casi siempre, de los unos por los otros partidos en el poder, sin que las justifique un cambio de opinión en el país ó en el Parlamento, ni tampoco una necesidad social ó política, así se explica que cualquier partido organizado de este modo traiga siempre á las Cámaras una inmensa mayoría de representantes. Y si éstos, en su gran parte, no fueran mesnadas de hombres sin ideales, ni ideas propias, ni noción de sus deberes, ni conciencia de su misión, esclavos del jefe, que votan sin criterio, ó contra su propio criterio, sucedería que los partidos no podrían gobernar por falta de cohesión, cualidad que adquieren, no por subordinación á un ideal común de que carecen, sino por abdicación que hacen de su voluntad y convicciones en manos del cacique ó del jefe dispensador de mercedes, cuando son ellos mismos los caciques.

El caciquismo es una urdimbre en la que se tejen todas las iniquidades de la política.

No soy yo de los que creen que la política es un arte noble. Estimo la política como un mal necesario, justificado por la infancia en que vive todavía la sociedad humana. Cuando ésta llegue á su mayor edad, á la plenitud de su conciencia, la política quedará suprimida; porque siendo el arte de gobernar á los pueblos, lo cual implica relación de dependencias de una parte social á otra, cuando los pueblos puedan gobernarse á sí mismos sin delegación de facultades y poderes, será innecesaria.

Entre tanto, los que vivimos en la realidad, trabajando en el presente para iluminar el porvenir, tenemos el deber todos, absolutamente todos los trabajadores, de procurar el mejoramiento y posible perfección de ese titulado arte de gobernar.

Por eso combatir el caciquismo es depurar la política, arte corrompido y corruptor en sus condiciones actuales.

* *

El sufragio universal, arrancado á la política conservadora de este período histórico por la revolución, no ha tenido la eficacia que de él esperaban los demócratas, y este fracaso debe imputarse al caciquismo.

El cacique, erigido en potestad, empieza por hacer del censo electoral mangas y capirotos.

El censo electoral en España es tan artificioso como todos los documentos oficiales como el censo de población, como el catastro, como el amillaramiento, como toda nuestra deficiente demografía.

Después, el cacique tiene un estado mayor á quien premia con plazas de concejales en el Ayuntamiento, donde, naturalmente, esta ralea de miserables busca la compensación de sus indignas abdicaciones á costa del erario municipal, del dinero que paga el pueblo.

Generalmente el cacique no es senador, ni diputado, ni concejal; los fabrica para su servicio. El cacique es el señor feudal de una provincia ó de una comarca: necesita poder, é invade como una plaga la administración y la política. Sus diputados, senadores, etc., le sirven para todo, y mantiene su prestigio y potestad allanando el camino á la injusticia, á la impunidad, al desafuero, á las pequeñas egoístas ambiciones de campanario.

Como todo lo puede, se burla de la ley, salva de la pena al criminal, libra de la prestación de servicios á sus secuaces, elude el pago de contribuciones, acumula y esconde riquezas, presta con enorme usura, y monopoliza los servicios públicos, las obras públicas, todo lo que puede rendir grandes provechos.

Los diputados proponen y obtienen leyes de carreteras, puentes, canales, etc., no por beneficio del distrito que representan, sino para duplicar el valor de las haciendas del cacique, que á la vez contrata por apoderados suyos las obras necesarias.

En este engranaje complicado, el elector es un piñón de la rueda que obedece á la voluntad del cacique.

Si vota come; si no vota como el cacique manda, queda condenado á la miseria.

Para el proletariado no hay otra disyuntiva. El trabajador obedece al amo y el amo al cacique.

Si el amo se rebela, el cacique le abruma en el reparto de contribuciones, le persigue, le procesa, le arruina.

Si el trabajador no obedece, el amo, por miedo al cacique, le quita el trabajo y le condena al hambre para sí y para su familia.

En esto no hay exageración. El cacique es el tirano. El gobernador, la Audiencia, el juez, el jefe de la fuerza pública, el alcalde, el maestro, el cura, hasta el último alguacil, le temen y le obedecen.

¿Cómo no? A la menor resistencia, con una simple carta á Madrid destituye un empleado, traslada un juez, posterga un jefe ó procesa un Ayuntamiento.

¡Ay del Gobierno si no le sirve! El tirano se pasará al enemigo, y en las elecciones siguientes no hay votos para el rebelde.

Esto es infame, pero cierto, sin la menor exageración.

El cacique lo corrompe todo, y no hay nada que pueda prosperar si él opone su veto.

Es omnipotente.

*
* *

Yo atribuyo á esta causa la mayor parte del atraso político y de los hondos males que afligen á este país.

No son posibles iniciativas fecundas en ningún orden allí donde el poder y la justicia están supeditados á la voluntad insana é inculta de los egoístas.

El malestar es tan intenso, las consecuencias de este sistema tan abrumadoras, que

el país, el alma nacional, nunca por completo corrompidas, siente ansias de sanidad, de pureza, de un ambiente nuevo más libre y más honrado.

Mañana, cuando esta aspiración se concrete en un acto de voluntad, y derrocado el régimen vigente nuevos hombres implanten otro distinto, han de empezar, si quieren hacerle viable, por destruir sin piedad el caciquismo y por hacer imposible un caciquismo nuevo que, llegando con ansias vengadoras, sería más insoportable y tan injusto como el presente.

Los partidos republicanos están contagiados de esa lepra. Es lamentable, pero es verdad; y yo, republicano, porque soy hombre de mi tiempo y me falta abnegación para sacrificarme al tiempo que vendrá, lo declaro en justicia.

Confío en que el presente será pronto de la gente nueva, de la juventud que no tiene compromisos con el pasado ni con nadie; y espero que, por fortuna, los republicanos viejos, gastados por la lucha y tocados de caciquismo, apenas intervendrán en el régimen nuevo.

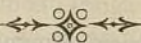
Y entonces será posible destruir esta organización basada en el caciquismo y preparar la transformación que ha de sufrir la sociedad en un plazo muy breve.

La República puede cumplir en España una hermosa misión: la de los padres que educan á sus hijos, les dirigen y, al cabo, les emancipan.

Misión de paz, de amor y de justicia.

La emancipación económica del obrero.

A. LERROUX.



EL FIN DE UN SIGLO

Asistimos al renacimiento del mundo antiguo envuelto en los ropajes de la civilización moderna.

Ideas y procedimientos, creencias é instituciones, ideas y aspiraciones, cuanto constituye la vida moral y material de la presente sociedad, lleva el sello de la intransigencia y despotismo que valieron el nombre de bárbaras á las pasadas generaciones.

Los pueblos siguen siendo gobernados por la fuerza y por la farsa; las conciencias rinden todavía culto al dogmatismo religioso; los corazones aún laten al impulso del fanatismo patriótico y político.

La democracia, que un día fué la panacea popular que todos los males sociales curaba, háse convertido en indigna farsa que entroniza y legaliza el poder de la minoría burguesa; la ciencia, que debía estar al servicio de la humanidad, es la servidora de la clase dominante, tendiendo todas sus conquistas al engrandecimiento del capitalismo, al bienestar particular de los satisfechos y á la creación de una aristocracia del saber que convierte en privilegio la posesión de los conocimientos humanos; y el arte, el arte sublime que debía encarnar la belleza y la verdad como suprema expresión de un ideal de justicia, es sólo montón de concupiscencias, inmundos estercoleros de bajas pasiones, servil adulator de los poderosos y escarnecedor de los humildes.

Los espíritus fatigados del presente, las almas enamoradas de un pasado que en sus mentes enfermas toma la forma de poética visión, profetizan con ardiente acento

la impotencia de la democracia, la bancarrota de la ciencia y la inmoralidad del arte.

Y bien, sí, tiene razón. En bancarrota está la democracia, que después de un siglo de imperio en dos continentes, ha demostrado su ineptitud para llevar á los pueblos al paraíso terrenal prometido; en bancarrota está la ciencia oficial puesta al servicio de una clase privilegiada y obligada á respetar dogmas y principios con los cuales está en pugna; en bancarrota está el arte decadente y místico, que falsea los sentimientos y las pasiones, glorificando la mansedumbre ó ensalzando el vicio.

Muchos son los que hablan de los progresos realizados y de los derechos y libertades conquistadas en este siglo, sin querer ver que esos progresos, derechos y libertades, sumados todos, no llegan siquiera á formar una simple unidad para la gran masa del pueblo que trabaja, condenado, hoy como ayer, á vender su libertad por un mendrugo, y á no gozar jamás, en la plenitud de sus fuerzas, de los beneficios de la ciencia verdadera y del arte real.

¿Qué le puede importar al obrero el derecho al sufragio, la igualdad ante la ley y la libertad ante el trabajo, si virtualmente, por el menor hecho de su existencia, es un simple esclavo del capitalista que lo alquila, sujeto á sus caprichos y á sus mandatos? Y las maravillas de la electricidad, los portentos del vapor y todos los progresos de la ciencia, ¿qué pueden significar para el desheredado, si sólo se le considera factor útil para el desarrollo de dichos progresos, pero no como objetivo para gozar de ellos?

Hoy como ayer, el pobre se ve condenado á ganar el pan con el sudor de su rostro; hoy como ayer trabaja, sufre y gime, sin gozar jamás de la plena dicha de vivir.

Para el paria de ayer, para el asalariado de hoy, para el esclavo de siempre, de nada han servido, en realidad, las conquistas de este siglo.



Un solo beneficio deben á este siglo los desheredados de la fortuna y los hambrientos de justicia: la posesión de un ideal.

Un ideal de justicia, un ideal de emancipación, un ideal de libertad, un ideal de felicidad universal.

Grande y noble ideal generado por el sufrimiento y el dolor, impulsado por las ansias y los deseos de un próximo bienestar, propagado por la constancia, la abnegación y el martirio. Ideal inmenso que todo lo abarca, que baja á las minas, que entra en los talleres, que invade los campos, que cruza los mares, que conmueve los corazones, que subleva los espíritus, que se apodera de las inteligencias, y que por todas partes esparce la generosa semilla para que germine exuberante en la no lejana primavera de la sociedad libertada.

Junto el movimiento retrógrado y decadente de la sociedad burguesa, es de observar el pujante y avasallador movimiento libertario de las clases oprimidas; movimientos ambos que, siguiendo diverso camino y con tendencias opuestas, tienden á acelerar la descomposición y disolución del presente estado social.

A la reacción burguesa responde la rebelión proletaria, precursora de la revolución; á los despotismos de arriba la heroicidad de abajo. A la tiranía del Estado y al imperio de la impotente democracia, último refugio del poder gubernamental, opónese la aspiración libertaria, que es la expresión y la garantía de la soberanía del individuo; á la propiedad privada, la expropiación y la comunidad de bienes naturales; al régimen del salario, la cooperación general y voluntaria para la producción y el consumo; al dogmatismo religioso, la libertad del pensamiento; al amor patrio, el

amor á la humanidad; á la ciencia oficial, la ciencia positiva; al arte místico y decadente, el arte real y progresivo.

* *

La trágica agonía de este siglo empieza, y en su desvarío renacen en él morbides y atavismos heredados de pasados siglos.

Son cual los últimos vivos destellos de una luz que se apaga; cual las postreras agonías de un ser moribundo que inútilmente batalla para detener el soplo de la vida que de su cuerpo escapa.

La trágica agonía de este siglo empieza.

Ojalá que á la cercana hora de su muerte, los rojos resplandores de la revolución triunfante sean la luz funeral que alumbre sus restos miserables.

PALMIRO DE LIDIA.

New York.

CHISPAZOS

Vivía lejos del combate. Sólo por la prensa llegaba á mí el resultado. El mundo era un hormiguo de genios y de sabios.

¡Cuántos nombres ilustres!

¡Cuántos cerebros privilegiados!

Pasaron años. Quise ver de cerca la contienda y vivir en contacto con los genios y con los sabios. Me enteré de sus actos, de su conducta y de su inteligencia. Juzgaba por lo que veían mis ojos, no por lo que de aquéllos decía la prensa; y sucedió que sólo notaba defectos y pequeñeces, porque las buenas cualidades y las grandezas andaban errantes en la boca del vulgo.

* *

Las ideas se suceden unas á otras. En la eternidad nada representa un cambio de ideas; en las generaciones, ríos de sangre representa. Débil movimiento, débil ondulación de las olas del progreso, significa la igualdad económica y política en la eternidad intelectual; en la sociedad presente, días de luto, de combate, mares de pasiones significa.

Cuando hayan pasado siglos, cuando las humanidades futuras sólo por la historia conozcan nuestras luchas de hoy, tarea fácil les parecerá la revolución social; hoy, diques invencibles nos parecen la preocupación y la ruindad humana.

Es verdad: pequeño todo lo pasado; grande todo lo presente.

Cuestión de espacio toda cuestión de volumen. Disminuye á medida que la humanidad se aleja, aumenta al acercarse la hora de resolver el problema. Resuelto, nada; otro, otro y mil problemas más. Lo invencible se ha tornado en pigneo; la mole háse convertido en molécula.

Las luchas presentes á que esta generación asiste eclipsan á las pasadas; y en la vida del hombre, siempre luchas, siempre problemas que resolver, siempre montañas que salvar.

El hombre adelante, adelante siempre.

* *

Pero ¿por qué no hemos de creer en la existencia de Cristo? Bueno que se dude de la del Cid; razones hay para dudar de la de Guillermo Tell; pero el hombre no puede

poner reticencias á la creencia de que no pasó por este mundo de sanguinarios el mártir del Gólgota. ¿Se duda de la ingratitud del pueblo que lo acusó y de la farsa de los que lo juzgaron?

Mayores farsas se han representado, y mayores injusticias se han visto en este siglo de luz y de democracia.

Cuántas veces ha resucitado Jesucristo en las aspiraciones populares, se le ha sacrificado con mayor farsa, mayor ingratitud y crueldad mayor. Los Cristos, los Jerusalén y los Caifás han sobrevivido hasta nuestros días, y existen aún en España.

*
* *

—Quiero enjugar tus lágrimas, hija mía.

—No manchéis vuestras manos, señora. Soy una *perdida*.

—¿Por qué caíste? ¿Por amor? ¿Por necesidad? ¿Por capricho?

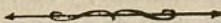
Si por amor, bien hiciste: así lo demandaba la Naturaleza. Si por necesidad, fuiste víctima de la injusticia social. Si por capricho ¡ah! si por capricho, tu acto encierra un tratado completo de sociología.

Creciste en medio de una sociedad en donde la mujer es sólo un objeto de adorno y de gozo.

Tu madre te enseñó las primeras nociones de vida: el arte de agradar. Te dieron á entender que habías de ser coqueta para ser mujer, y coqueta fuiste. Alcanzaste joyas, vestidos y encajes, dando en cambio lo único que podías dar, porque es lo único de tu persona á que el mundo da valor. Sucedió lo que había de suceder. No llores, pues. Soy la revolución social. Te redimiré, dándote unos derechos que permitirán la satisfacción de todas tus necesidades: una educación que te elevará á la categoría de ser racional, y una sociedad que celebrará y respetará tus deseos; porque serán hijos de tu naturaleza y no de una preocupación social.

Déjame enjugar tus lágrimas, pues, hija mía.

FEDERICO URALES.



MOVIMIENTO FEMINISTA

En todas las naciones que van á la vanguardia de la civilización, como Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Norte América, Holanda y Dinamarca, nótese un plausible movimiento hacia la emancipación de la mujer; sólo España yace postergada, mirando con indiferencia cuanto con nuestro sexo se relaciona, como si ya estuviera satisfecha de haberle la gloria, la inmarcesible gloria, de contar entre sus mujeres más ilustres á la *seráfica* doctora Teresa de Jesús.

Aquí, donde todo se supedita á la recalitrante reacción clerical, y se mira como pecado el que la mujer sepa distinguir los calzoncillos de los faldones de la camisa de su marido, teniendo la convicción de que sólo sirve para «cocer garbanzos y hacer cal-ceta», nada de extraño tiene que nos veamos envueltas en estas espesas mallas que fabrica el obscurantismo, separándonos por completo de cualquier movimiento que á nuestra ilustración se dirija y que nuestros derechos abone.

Propagan muchos que la emancipación de la mujer equivale á querer ser nosotras hombres, á querernos abrogar sus derechos y ejercer de mandarines, á querer subyugar en todos conceptos y en todos terrenos al sexo fuerte; como si todo esto fuera un

gran qué, y con ello ya hubiéramos alcanzado el máximo de las más grandes aspiraciones de la humanidad. No es tan envidiable la condición del hombre para que queramos nosotras acaparárnosla; buena falta le hace á él una emancipación verdad para que deseemos disputársela.

A fin de que se vea lo que son los hombres cuando la pasión los domina, presentaremos á Charcot, conocedor del cerebro humano, que afirma que la mujer no es apta para pensar, y le niega en consecuencia pueda dedicarse á la Medicina, siendo así que sus mismos estudios prueban lo contrario, y en Norte América, Dinamarca y Rusia hay centenares de mujeres que ejercen como á tal brillantemente.

La mujer en la actual sociedad es una víctima constante; víctima aún más que el hombre de la explotación; víctima de las costumbres, que la tratan siempre como *cosa delicada*; y, por fin víctima del hombre. Sólo los hombres han hecho las leyes que la subyugan y tiranizan; sólo los hombres, que se atreven á sentar principios tan importantes como el del amor, sin oír su opinión; pudiendo resultar que mientras el hombre cree haber hallado la solución al problema, la mujer entienda que esta solución implica solamente brutalidad y degeneración.

Cargadas con un sinnúmero de deberes y con ningún derecho, vese la mujer actualmente considerada mil veces peor que al hombre. En la fábrica y en el taller, por igual trabajo que al hombre, le dan aun no la mitad de jornal que éste; se le niega y prohíbe casi una verdadera instrucción, como se la cohibe ridícula y tiránicamente cuando soltera, cuando casada y cuando viuda; hoy ni puede escoger el hombre que ama, y vése forzada á aceptar al que le declara amor. Con tales condiciones, ¿no buscaremos por todos los medios que estén á nuestro alcance el camino que nos conduzca más pronto y mejor á redimirnos de la tiranía del hombre? ¿No queremos dar un mentís á esos sabios que nos niegan facultades intelectuales, concediéndonos en cambio el valor que supone una inteligencia como la de Mme. Roland, Mme. Estiél, Concepción Arenal y otras que sería prolijo enumerar?

El que fuesen de distinto temperamento, y tal vez concibieran de diverso modo el hombre de la mujer, no puede colegirse de ninguna manera la no igualdad de derechos; como tampoco se diferencian entre los hombres de temperamentos ó concepciones distintas, ni los de los sabios de los individuos en general. En vez de ser generosos, y de hacer constar su protesta al usurpador de los derechos de la mujer, á las que van a la cabeza de los movimientos feministas se las presenta como *marimachos*, sirviendo de risa y chacota. No importa. Cuando queramos será nuestro vasallo, á pesar de todo.

Hora sería ya de que España hiciera un saludable movimiento feminista, colocándose al lado de las naciones que en esto llevan la batuta. Así espero sea.

AURORA VILANOVA.





TRIBUNA DEL OBRERO

PARTIDOS ILEGALES

I

Mucho se ha hablado y discutido sobre la ilegalidad de los partidos, y si á los que tal se consideran se les deben admitir en los Congresos y dejarlos en entera libertad para que propaguen sus doctrinas y las expongan libremente.

En nuestro juicio, ninguna asociación, bien sea política ó social, que tenga verdadero espíritu de partido, es decir, que reciba inspiraciones de otras asociaciones con la misma comunidad de ideas é identidad de principios, es ilegal.

El hombre ha venido á la vida para progresar, perfeccionarse y seguir el curso evolutivo de los tiempos; y no solamente para alimentarse y reproducirse como quieren que así sea las entidades que hoy representan el absolutismo despótico de los antiguos tiempos.

Cuando en el cerebro de muchos hombres germina una misma idea, y éstos se deciden con la palabra y con la pluma para obtener su reconocimiento, no se les debe desoir y excluir de la sociedad, como así lo hacen los Gobiernos despóticos; antes por el contrario, se les debe admitir y dejar que propaguen sus doctrinas, por erróneas y utópicas que parezcan; porque se ha dado el caso de que partidos que antes han sido combatidos y perseguidos con saña y encarnizamiento por los poderes gubernamentales, después de mucho tiempo de propaganda han sido acogidos y admitidos por los Gobiernos como buenos y legales, dándoles representación en los Cuerpos Colegisladores con el unánime aplauso de la opinión pública. Así ha pasado en los comienzos de nuestro siglo, cuando nuestros liberalísimos padres eran llamados *perros*, *negros liberales*, y el pueblo estúpido gritaba: *¡Vivan las cadenas!*

Todas las doctrinas filosóficas han sido combatidas en los comienzos de su gestión, como todos los grandes hombres que han predicado la libertad y el progreso han sido perseguidos por los poderes constituidos en siglos de obscurantismo y de barbarie. Buen ejemplo de ello nos lo demuestra la historia de todos los tiempos, en todos los pueblos y en todas las edades.

La Iglesia católica, que es la que más se precia de poseer mejor doctrina, ha sido perseguida en los primeros años del cristianismo.

Durante el Imperio de la antigua Roma, fueron sacrificados públicamente muchos cristianos, y, perseguidos por los adoradores de las deidades del culto pagano, tenían que buscar un refugio en las catacumbas.

Jesús sacrificado en una cruz por defender la más grande de todas las verdades y la más sublime de todas las virtudes; y hoy, aquellas doctrinas que fueron tenidas por falsas y erróneas, ocupan todas las conciencias honradas y todos los corazones buenos.

Nosotros, republicanos, participamos de ellas y hacemos algo práctico por obtener su reconocimiento. Nadie niega la indubitable verdad de la moral y virtud del Evange-

lio; pero no la de la Iglesia católica que, con sus tendencias de extender su dominación sobre todos los pueblos oprimiendo las conciencias, ha conseguido el que hasta sea detestada y relegada al olvido por todos los pueblos cultos amantes de sus libertades; el catolicismo ha sido siempre el irreconciliable enemigo de la ciencia y del progreso de los pueblos.

Pero si la Iglesia católica ha sido la constante detractora de la civilización, por sus aspiraciones exclusivistas, en cambio las doctrinas son las mejores si obrara tal y como las dicta el Evangelio.

Nosotros, republicanos librepensadores, los escarnecedores de la religión, según ellos, somos los que mejor practicamos las doctrinas del Divino Maestro. Nuestra bandera lleva por lemas la libertad y la fraternidad entre todos los hombres. Por esto somos perseguidos—y cosa rara, que á nosotros no nos sorprende—hasta por la misma Iglesia, mejor dicho, por nuestro mismo clero, que nos detesta cual si fuéramos furias del averno; porque nosotros no podemos transigir con su intolerancia; nosotros, ningún pueblo culto, y aun sin cultura, sólo civilizado; porque hay una distancia inmensa de la civilización á la cultura en los pueblos, no podemos admitir que poderas extraños y antagónicos á nuestros principios ampliamente liberales y democráticos se inmiscuyan en asuntos particulares de la nación, y pedir y esperar con sumisión degradante la venia de un Papa, bien sea León VIII ó Pío IX, para decidir de los actos de nuestro Gobierno; nosotros no debemos ni queremos consentir que una religión que, como todas, por el nombre y trascendencia, debe ser aceptada libérrimamente, se imponga, por la fuerza y por un derecho que no existe, á la conciencia universal. Y como nosotros proclamamos la libertad religiosa; como queremos la libre exposición y propaganda de todas las doctrinas religiosas, filosóficas, político-sociales, con el fin de vulgarizarlas para conocerlas en su fondo y esencia, por esto se nos combate.

Y, ¡claro!, llegada la época de la verdadera libertad, las diversas escuelas y religiones positivas que hoy pugnan por ser las depositarias de la verdad, ó tendrían que realizar el bien entre los hombres desinteresadamente, ó quedarían anuladas por el olvido de todos.

Pues lo mismo ocurrirá con los partidos llamados ilegales.

Si es que defienden un absurdo, la opinión sensata no les hará caso, y sus doctrinas no prevalecerán, como no prevalece ni perdura nada de aquello que no está conforme con la Naturaleza humana.

AURELIO MUÑIZ.

Galaroza, Junio del 98.

De la guerra.

Ya que LA REVISTA BLANCA ofrece sus columnas á los obreros, al objeto de estimularlos al estudio y de despertarles aficiones literarias, me atrevo á escribir estos cuatro renglones para una publicación que creo alcanzará éxito como jamás lo ha obtenido periódico alguno, por poco favorable que le sean las circunstancias.

Y ya que el tema más importante y de mayor actualidad y que más interesa al obrero es el de la guerra, de ella hablaré para tratar de las conveniencias de la paz.

A estas fechas son muy pocos los obreros que no vayan á la guerra por fuerza. La

mayoría considera á la lucha armada como una consecuencia de la ignorancia de los hombres, y que organizadas á la moderna, redundan en perjuicio exclusivo de las clases humildes.

La guerra que tiene por objeto dominar á otra nación por la fuerza, es una guerra injusta, aunque se haga á nombre de la civilización ó de determinadas creencias religiosas.

Imponer una civilización por las armas es un sarcasmo, aun no ocultándose, como casi siempre ocurre, la explotación detrás de la civilización.

La cultura no se propaga con armas ni con sectarios; sí con libros y con profesores. Guerrear por obtener un territorio, ó por vengar una ofensa, ó por cuestiones de honor, es un crimen. Sólo son justas las guerras contra el tirano. Por eso las únicas guerras del porvenir serán las revoluciones; aquellas contiendas que se promoverán, no de un pueblo contra otro, sino dentro de un mismo pueblo, entre reaccionarios y revolucionarios.

Para estas guerras no harán falta decretos, serán voluntarias. Los pueblos acudirán á la lucha impulsados por un ideal, como ocurre ahora en las naciones oprimidas por otras, que los ejércitos se forman sin sorteos ni avisos previos.

Entonces las luchas humanas obedecerán á un fin progresivo. No tendrán por objeto dominar más ó menos territorio, sino alcanzar más ó menos libertades. No habrá ejércitos permanentes, porque no serán necesarios cuando las naciones no traten de explotar á otra, como acontece ahora, y cuando el hombre no haga del hombre materia de explotación; ni voluntarios siquiera serán necesarios.

Si los obreros conociéramos el papel que desempeñamos y la importancia que tenemos, las guerras estarían acabadas.

Toda causa que mantenerse necesita de la fuerza, causa perdida; y los pueblos no van ya voluntariamente á la guerra. Las guerras desaparecerán, pues.

Voluntariamente sólo van á la revolución.

Las guerras son una prueba de nuestro salvajismo, y es preciso oponernos á ellas por esto y porque redundan en perjuicio del pobre.

Los obreros hemos de procurar que se acaben pronto las que España sostiene. Y no tan sólo hemos de procurar eso; hemos de procurar también que cundan las ideas de fraternidad universal, ya que las de patria segregan energías necesarias al trabajo y al progreso.

Dícese que se perderán mercados con perder estos á aquellos territorios. Otros pueblos los ganarán, y lo que el obrero español pierde no se perderá para todo el mundo. Si los de España no podemos vivir en esta nación, iremos á otra. Así como así, no es tan grata la vida en un país como ese en donde ningún derecho se presta dominado por la reacción, y en donde hallan partidarios las causas más inmorales.

Propaguemos la paz para que venga en una ú otra condición, y el que tenga algo que perder que vaya á ganarlo él.

Esta es la misión del obrero.

ANTONIO LOPEZ.



SECCIÓN ADMINISTRATIVA

Para los corresponsales y los lectores de LA REVISTA BLANCA

No es deshonor la pobreza, y los que hemos emprendido la publicación de esta Revista podemos confesar la nuestra sin desdoro.

Necesitamos el apoyo de todos los hombres de buena voluntad, así de los corresponsales como de los lectores, y esperamos de ellos nos ayudarán en esta empresa que hemos emprendido, y que, aun tratándose de cosa nuestra, no vacilamos en calificar de loable.

Suplicamos, pues, á los corresponsales cuiden esta publicación con cariño, y que satisfagan los pedidos que de ella hayan hecho y que de ella hagan lo más pronto posible, al objeto de que nosotros podamos atender nuestros compromisos con la puntualidad propia de personas serias.

Si alguno hubiere que por sus ideas ó por su carácter no pudiese ó quisiese acceder á nuestras súplicas, le agradeceríamos nos lo advirtiera para no gastar pólvora en salvas, y dar la representación de LA REVISTA BLANCA á persona más identificada con los principios que aquélla sostiene y con sus intereses.

Por lo que á los lectores respecta, sólo diremos que si nuestra labor les es grata, nos tiendan la mano dando publicidad á LA REVISTA BLANCA, secundando los esfuerzos de los corresponsales, buscándonos suscriptores directos, anticipando el pago de los pedidos que hagan ó abriendo suscripciones en favor de esta Revista.

Tenemos tanta fe en la virtud de nuestras doctrinas y en la buena voluntad de las personas que simpatizan con ellas, que creemos salir airosos de la empresa que hemos tomado, con ser ella de tanta monta.



LA REVISTA BLANCA, en la sección de *Arte*, hará la crítica teatral y literaria de las obras que se estrenen en Madrid y de los libros que se envíen á esta Redacción, con tal que digan algo.

La columnas de esta Revista están á disposición de todos los hombres y de todas las ideas.